

LEVANTAMIENTO DE PENDONES Y PROCLAMACION EN PAMPLONA DEL REY DON FELIPE VII DE NAVARRA Y V DE CASTILLA

La primera noticia oficiosa, que se tuvo en Pamplona de la muerte del rey Carlos II, la trajo a la Capital del Reino una carta que el agente de la Diputación de Navarra en Madrid, don Josseph de Arlegui, escribió al secretario de la misma don Jerónimo de Aranguren, con fecha 3 de noviembre de 1700. Es decir, tres días después del fallecimiento.

«Muy Sr. mio: participo a Vm., como nos hallamos con la fatalidad de la muerte del rey Nro. Sr. (que Dios haya) que falleció lunes a primero de este día de Todos los Santos, entre dos y tres de la tarde; abriose el testamento cerrado inmediatamente, su disposición en lo principal se reduce a que para la subcesión de esta monarquía dexa por llamados; en primer lugar al Duque de Anjou, nieto segundo del rey cristianísimo; en segundo lugar al Duque de Berri, nieto tercero; en tercero lugar al Archiduque, hijo segundo del Emperador; en cuarto lugar al Duque de Saboya. Por gobernadores del Reyno quedan; el presidente de Castilla; el de Aragon y el Inquisidor General; y por los grandes, el Conde de Benavente y por el Consejo de Estado el Conde de Frifiliana; y la Reyna Nra. Sra. con voto de calidad que ha de presidir y han de despachar y expedir los despachos en nombre del subcesor».

Madrid y Nbre. 3 del 1700».

Tres días más tarde, se cursó de Madrid la noticia oficial, con las firmas autógrafas de la Reina y Sres. del Gobierno.

«Illes., Nobles, Magníficos y bien amados nuestros los Tres Estados de nro. Reyno de Navarra y su Diputación en su nombre; lunes primero del corriente entre las dos y las tres de la tarde, fué Ntro. Sr. servido de pasar de esta a mejor vida al rey Ntro. Sr. Dn. Carlos segundo (que está en gloria) y aunque su fin fué y cual a la que tuvo y en el que mostró su piadoso y santo celo, recibiendo con suma emoción y humildad los Santos Sacramentos de la Eucaristía y Extremaunción, la pérdida que con su muerte se nos ha seguido y a estos reynos, nos deja con el dolor y sentimiento que podeis considerar, de que os hemos querido avisar para que nos ayudeis a sentirlo y cumpliendo con vuestra obligación, dispongáis que en ese Reyno se hagan las honras sentimiento demostraciones de lutos, arreglandoos a la última Pragmática y las exequias que en semejantes casos se acostumbran, que en ello nos servireis: de Madrid a 6 de Noviembre de 1700.

Yo la Reyna».

(Siguen las firmas de los demás gobernantes)

En vista del mal cariz que empezaban a tomar los acontecimientos, el Gobierno del Reino acordó adelantar las fiestas de la proclamación del rey en todos los reinos y ciudades de la Monarquía, aun estando en período de **luto** oficial y sin haber celebrado todavía las exequias reales.

La Real Orden que se cursó a Navarra decía así:

«Illes. Nobles Magníficos y bien Amados nuestros los tres Estados del Reyno de Navarra y su Diputación en su nombre. Siendo conveniente no retardar la aclamación del Sr. Rey Don Phelipe (que Dios guarde) quinto de este nombre, como subcesor lexítimo de esta Corona, en virtud de la disposición del Sr. Rey Dn. Carlos II Segundo (que está en gloria) que se os participó y que sea aclamado S. Mg. levantando en su real nombre pendones en todas las ciudades de estos reynos según el estilo y costumbre que en tales casos se ha hecho en las aclamaciones de los demás señores sus antecesores; os mandamos que luego que recibais esta, sin la menor dilación paseis a ejecutar este solemne acto, aunque no hayais hecho las exequias acostumbradas por el rey Carlos Segundo, poniendo por tal rey al Sr. Don Felipe Quinto de aquí en adelante y usando de su real nombre en todos los despachos en que se necesite nombrarle, de Madrid a 23 de Noviembre de 1700».

Recibida esta Orden, la Diputación de Navarra se apresuró a ponerla en conocimiento de las cabezas de Merindad, y demás ciudades del reino, disponiendo, que en todas ellas se procediese al levantamiento de pendones por el nuevo rey, señalando la fecha del 12 de diciembre.

Toda Navarra sin excepción abrazó con gran entusiasmo la causa de Felipe V, como lo demostró en la guerra de Sucesión levantando tres regimientos de naturales suyos, «para —como escribía el P. Francisco de Aleson— sacrificarlos a la perpetuidad de las tres lises, que poco há se reunieron felicísimamente a sus Cadenas, después de haberlas arrancado de tan amable consorcio, aquel gran vayvén que perturbó el Real Trono de Navarra».

El Excmo. Sr. Conde de Rodezno, hace resaltar esta adhesión de Navarra a la causa de los Borbones, diciendo en el interesantísimo discurso que pronunció en la Real Academia de la Historia con motivo de su recepción (15 Noviembre 1944).

«De la preocupación que siempre mantuvo la nobleza navarra y, en general, el país, por sus antiguas dinastías, por su concepto de legitimidad, puede encontrarse vestigio indudable en la adhesión unánime y entusiasta que mostró Navarra por la causa de los Borbones en la guerra de Sucesión, a la muerte de Carlos II. Navarra entera se pronunció por los Borbones con rara unanimidad. Aun hoy, en la mayoría de las casas de los hidalgos navarros que han conservado sus recuerdos históricos y —entre las que, gracias a Dios, se halla la mía—, es frecuente encontrar retratos de Felipe V, de Luis I, de la Farnesio, de doña Bárbara de Braganza. En la instauración de los Borbones, en la descendencia de Enrique IV el Bearnés, vió Navarra reintegrada su antigua y legítima dinastía, y extinguidos los resquemores que la anexión, ya dos veces centenaria, evocaba. Como dice Góngora de Torreblanca, en su «Historia Apologética de Navarra» todos los navarros llevan la flor de lis en el corazón».

Como celebraron este acontecimiento la Diputación del Reino y la Ciudad de Pamplona, nos lo dice el R. P. Fray Gil de Zugarrondo de la Orden de la Merced, en el Libro Cabreo del Real Convento de la Redención de

Cautivos de Pamplona, del año 1700, cuyo relato copiamos a continuación. De este mismo libro, tomamos el escrito publicado en el número anterior de esta revista, relatando las fiestas con que la Ciudad de Pamplona, cabeza del reino de Navarra solemnizó el feliz nacimiento del Príncipe de Asturias don Luis de Borbón-Anjou.

Aclamación y Coronación de *Rey en esta Imperial Ciudad de Pamplona, de nuestro Monarca y Señor Don Felipe 5 de España y 7 de Navarra.*
Día 11 de Diciembre de 1700 a^s.

Aclamación del Reyno.

Sábado día 11 de Diciembre de 1700 habiéndose juntado los mas Diputados de este Reyno en su puesto y lugar acostumbrado, que es la Sala llamada «La Preciosa» en la Iglesia Mayor de esta Ciudad, salieron de ella el Sr. Don Juachin de Beraiz, hijo de la Ciudad de Tudela, Diputado del Reyno por el brazo de los Nobles y otros diputados. Iban acompañados de los Marqueses de Santa Cara, Don Antonio de Leyba, hermano del Conde de Baños y de Don Josseph Enriquez sobrino del Conde de Ablitas y pretendiente de dicho Condado. Los maceros del Reyno iban delante con sus porteros y uno de estos llevaba en las manos una fuente de plata y sobre ella el pendón o estandarte real, recogido y sin desplegar y llegando todos a Palacio, dijo el diputado Beraiz en nombre de todos al Sr. Virrey Marqués de San Vicente, Don Domingo Pignatelli:

—«El Reyno ha tenido noticia de que su rey y señor natural Carlos 2 ha muerto, y assi pone su estandarte Real en manos de Vex^a. hasta saber de su legitimo sucesor».

A que respondió dicho Sr. Virrey —Que admitía dicho estandarte en nombre de la Señora Reyna Viuda y demas señores del Gobierno, hasta que el Reyno volviese por él.

Día siguiente domingo 12 de dicho mes, juntáronse los Diputados en dicha Sala de la Preciosa y saliendo de ella montaron en caballos ricamente enjaezados a las tres de la tarde, y acompañados de muchos señores que así mismo montaban generosos caballos ricamente enjaezados; estos eran los señores don Antonio Piñateli primogénito del Exm.^o Sr. Virrey, Don Francisco su hermano segundo, Don Julio Piñateli, primo de los sobredichos, Don Francisco de Ibero, caballero del hábito de Santiago Sargento Mayor de esta Plaza, en su caballo Pegaso, Don Juan su hermano. Capitan de caballos, como también, Don Josseph Caparoso, así mismo capitan de caballos y Señor de los Caparoso, el Sr. Marqués de Santa Cara, Don Antonio de Leyba, su hijo mayor, y otros muchos caballeros de esta Ciudad, a quienes precedían los maceros y porteros del Reyno; a éstos seguían Don Miguel de Ilarregui, Don Josseph de Echauri síndicos del Reyno, Don Juan Miguel de Aranguren, Secretario del Reyno. Y después se seguían los Srs. Diputados y el último Don Juachin de Beraiz y desmontando en las puertas de Palacio, salieron a sus salones, donde este caballero en nombre de su Reyno habló al Sr. Virrey diciendo.—«Tenian noticia que el Sr. Carlos Segundo habia declarado por su legitimo sucesor y rey de este Reyno, al señor Duque de Anjou, Felipe

de Borbón, y que querían aclamarle por su legítimo Señor y Rey y que a este fin venían por el estandarte real» y tomándole de manos del Sr. Virrey, montaron en sus caballos y comenzaron la procesión en la forma sobredicha, dando vuelta a la Ciudad por los puestos acostumbrados y calles, aclamando con infinitos vítores a Phelipe 5 de Castilla y 7 de Navarra.

Salieron todos vestidos de luto hasta los militares, si bien las franxas y cabos eran todos blancos, así en los vestidos de los caballeros como en los jaeces y gualdrapas de los caballos. Solo el diputado Beraiz que llevaba el estandarte real, vistió de gala riquísima excediendo a todos, iba en cuerpo gentil y descubierto, seguíanle cuatro lacayos de terciopelo carmesí con galones blancos y últimamente vinieron a parar en la sobredicha sala de la Preciosa donde se disolvió la función.

Aclamación de la Ciudad.—Lunes 13.

El mismo día a la noche hubo luminarias, y se encendieron achas en los balcones de la Ciudad, y otras casas de ella.

Lunes 13 día de Santa Lucía a las tres de la tarde se juntaron en las casas de la Ciudad los de su Reximiento y muchos militares, caballeros, ciudadanos y otros de sus gremios, todos en sus caballos ricamente enjaezados; iban quarenta y nueve parexas que hacen noventa y ocho caballos, sin los que montaban los tambores, clarines y ministros de la Ciudad; formose a las puertas de sus casas la procesión que se dirigió al palacio del Sr. Virrey en esta forma y disposición.

Primeramente, precedían montados en buenos caballos dos hombres con sus caxas, a estos seguían los tres clarines de la Ciudad con buenas galas de carmesí con sus franxas de plata, que merecían por su singular habilidad. Tras estos se seguía la primera parexa que la formaban vistosa en sus andaluces castaños y ricas galas con preciosos joyeles los licenciados Dn. Juachin de Elizondo y Dn. Juan Antonio Azpilqueta abogados de los tribunales reales, iban a lo cortesano con golillas y vestido corto de paño fino de Segovia.

Seguían a estos vestidos también de corto, muchos letrados, secretarios de ambas curias, procuradores y escribanos de Corte con otros vecinos, que cada cual según su posibilidad vestían ricas joyas, cadenas y buenos jaeces en los caballos; pero aventajaban a estos los mercaderes que les seguían en sus caballos andaluces enjaezados ricamente a todo coste, que como hacienda de casa no les dolían las franxas de oro y plata, ni menos las cintas y especialmente se esmeraron Juan y Pedro Mendinueta con su cuñado Dn. Francisco Hugalde, Miguel de Villava, Joseph de Soraburu Martín de Essayn, Christobal de Tirapu y otros muchos.

Seguían a los sobredichos en sus parexas los caballeros, de los cuales don Vicente Mutiloa y don Fermín de Pereda vestían corto de fondo en rizo con capas de paño de Segovia con preciosas cadenas y ricas joyas. Los penachos, y jaeces y demás aderezos de los caballos así mismo muy preciosos. Los demás caballeros vestían a lo militar riquísimas galas, pues no se veían más que franxas de oro y plata y muchas cintas de lo mismo; pero en exceso se singularizaron el Marqués de Santa Cara en todo discreto y

gran caballero, don Martin de Aoiz, Don Miguel de Eslaba señor de Berrio, el capitan Dn. Francisco Tucho Napolitano, pero se señalaron entre todos el sargento mayor de la plaza Don Francisco Ibero y Don Josseph Manuel su hermano capitan de corazas, en la uniformidad, proporción de cuerpos, riqueza en las galas y primoroso regimiento de sus hermosos castaños andaluces por singulares en esta habilidad de caballeria.—Causó asi mismo admiracion Don Antonio de Leiba.. hermano del Conde de Baños por la singular idea de su preciosa gala asi en su persona como en su penacho, jaez y gualdrapa de su caballo, pues todos eran de blanco, componíanse de encajes de pitiflox riquísimos de Flandes, franxas de plata, cintas preciosísimas todas blancas, con que parecían caballo y caballero monte nevado, de las ancas pendía una bolsa formada de las sobredichas cintas, que servia de bolsa para la cola y causó deseo en muchas damas para embolsar como suelen, los pelos que no tienen.

Tambien salieron en parexa los dos hijos del Sr. Virrey Marqués de San Vicente Don Domingo Piñateli, llamados Don Antonio y don Francisco en sus hermosos caballos ricamente enjaezados, y los señores, por su poca edad y por lo galan de sus personas, se llevaron todas las atenciones.

La última parexa del acompañamiento la formaban el Marqués de Santa Cara a lo militar con su vestido de grana y riquísima chupa, pues esta y todas sus franxas eran casi todo oro; llevaba a mano derecha a Don Julio Piñateli Máese Campo reformado y sobrino del Sr. Virrey, que con la gentileza de su persona sobresalía a todos y estos dos caballeros cerraban el acompañamiento de la Ciudad, cuyos maceros y ministros seguían en sus rocinantes, seguíales el capitan Juan de Berueta, secretario, hacia parexa con el Martin Josseph de Garzarón, tesorero de la Ciudad, seguíanse detras en cuatro parexas ocho reidores Ignacio Irigoyen, Miguel de Irigoyen y Mina, Francisco Lorenzo de Villanueva, Joseph Mendivil, Pedro Fernandez Montesinos, Francisco Irigoyen, Juan de Lastiri, Don Fermín de San Martin; vestían todos aunque de corto, muy ricas cadenas y joyeles, los caballos asi mismo con ricos penachos y jaeces, iodos en la proporción iguales, solo se diferenciaban en los colores que con la variedad misma lisongeaban el gusto y complacian la vista. Remataba y cerraba esta hermosa y vistosa procesion Don Benito de Urries, alcalde de la Ciudad con sus dos colaterales, cabos del Burgo de San Cernin y San Nicolas, Don Miguel de Valanza y Don Josseph de Aldaz, Viscondé de la Armería Real de Eugui. Y haciendo el paseo ordinario por la Ciudad victoreando por sus calles y puestos acostumbrados a nuestro Rey y Sr. Felipe el Animoso septimo de Navarra y quinto de Castilla, llegaron a las puertas de las casas de la Ciudad y su Ayuntamiento, se disolvió la funcion, cuya relación es la presente por que «qui vidit testimonium prohibet et verum est testimonium eius &.

Zugarrondo».

Esta aclamación celebrada por la Ciudad, consta también en un documento que se conserva en el Archivo Municipal de Pamplona (Sección de Pestejos Reales. Coronamientos de Monarcas), que copiamos a continuación:

Aclamación de la Ciudad

En la Ciudad de Pamplona y Casa de su Ayuntamiento, lunes a las dos de la tarde, contados trece de diciembre de mil y setecientos, se juntaron y congregaron a toque de campana los señores don Miguel de Valanza, el Vizcond de la Armería, don Fermín de San Martín, Joseph Fernandez de Mendivil, Miguel de Mina, Pedro Fernández Montesinos, Juan de Lastiri, Francisco Lirenzo de Villanueva, Francisco de Irigoyen e Ignacio de Irigoyen, regidores de dicha Ciudad, y en cumplimiento de lo acordado el auto precedente (1), el señor don Benito de Vrrias alcalde de dicha Ciudad y capitán nombrado por ella para el levantamiento del pendón, llegó a dicha hora a la casa del Ayuntamiento desde la suya, montado en caballo enjaezado, con su vara, vestido de gala en cuerpo, que se componía de calzón y de ropilla de fondo en viso labrado, con encajes de oro guarnecidos los calzones y ropilla y mangas y con una joya rica de diamantes al pecho y cadena y cordoncillo de oro, y con daga y espada con guarnición y puños de plata y sombrero con plumajes blancos y dorados mosqueado, y cintillos de diamantes; donde se hallaban todos los dichos señores regidores vestidos de gala aunque de negro y con joyas ricas, cadenas y cordoncillos de oro; y después de haber pasado algún tiempo para que en él se convocasen los vecinos que para dicha función se habían convidado, para que ninguno faltase a acto tan solemne, acordaron los señores regidores que los tres clarines fuesen, el uno por el Burgo de Sen Cernin, el otro por las calles de la población de San Nicolás y el otro por las calles de la Navarrería, tocando los clarines para que sirviese de aviso y señal de estar junta y dispuesta la Ciudad a salir a celebrar dicho acto y después de ejecutada esta diligencia, volvieron dichos clarines a la plazuela de la Fruta (hoy Consistorial), y viendo el mucho concurso de caballeros y ciudadanos que habían concurrido y se habían juntado, todos montados en caballos con ricos y vistosos jaeces de diferentes colores de cintería y también jaeces de cintas de plata y oro y encajes blancos y con muchos plumajes y ricas galas, que llegaban hasta cien parejas poco menos y dádose orden para que todos se pusiesen y fuesen en hilera; el dicho señor don Miguel de Valanza regidor cabo de dicho burgo de San Cernin, en concurso de todos los demás señores regidores entregó a dicho señor alcalde el pendón con las armas de la Ciudad, y habiéndolo recibido, montó en su caballo y lo mismo hicieron todos los señores regidores, que también los tenían prevenidos con ricos jaeces.

Se empezó dicho acto yendo en dicha forma en hilera desde la dicha casa de la Ciudad, en primer lugar montados a caballo dos timbaleros tocando aquellos, y detrás de ellos los tres clarines vestidos de gala con sus sayos baqueros que para este efecto tiene la Ciudad, y tras ellos los tres tenientes da justicia y después de ellos los dichos ciudadanos y caballeros, y después los tres maceros de la Ciudad montados en sus caballos, vestidos de gala con sus gramallas de grana, con sus franjas y las vueltas de dichas

(1) Auto de la sesión que la Ciudad celebró en 11 de Diciembre de 1700 para tratar de llevar a cabo el levantamiento del pendón por el Rey Felipe.—Arch. Mun. Libros de Consultas.

gramallas de tafetán azul y gorras de terciopelo nácar y las mazas de plata con sus cadenas y después de ellos al lado derecho Martín de Garzarón tesorero de dicha Ciudad montado en caballo enjaezado de ricos adrezos, sin joya, cadena ni cordoncillo y después de él una hilera y pareja fueron a la mano siniestra el secretario de la Ciudad montado en su caballo enjaezado con joya, cadena y cordoncillo y a la mano diestra el señor Ignacio de Irigoyen último regidor de la Navarrería, y en la segunda pareja fueron conforme sus puestos los señores Francisco Lorenzo de Villanueva secretario del Real Consejo y Francisco de Irigoyen, y en la tercera hilera y pareja conforme su graduación y puesto, los señores Pedro Fernández Montesinos y Juan de Lastiri; y en la cuarta, conforme su graduación y puesto los señores Joseph Fernández de Mendiri y Miguel de Mina y en la quinta y última que hacía testera con el dicho Sr. B.^o de Vrrias alcalde y capitán nombrado para dicho acto, los Sres. D. Miguel de Balanza, el Vizconde de la Armería y D. Fermín de San Martín conforme la graduación y puesto de cada uno y en esa forma y orden fueron por la calle del Mentidero al Palacio Real siguiendo a dicho acto mucha gente y en el balcón grande que corresponde a la plazuela de dicho palacio, se hallaba esperando el Excmo. Sr. Marqués de San Vicente, Virrey y Capitán General de este Reyno en compañía de la Sr.^a Virreyna y muchos de su familia, y por la orden que iban dichos ciudadanos y caballeros pasaron haciendo cortesía dando vuelta por detrás de la basílica de el Señor San Fermín y llegado la Ciudad con dicho Sr. Alcalde al pasaje cómodo donde se había de hacer la aclamación y enarbolar el pendón, lo hizo diciendo en alta y clara voz estas palabras:

—«La Ciudad de Pamplona cabeza del Reyno de Navarra, por el Rey nuestro señor D. Felipe quinto de este nombre en Castilla y séptimo de Navarra, que muchos años *Viva, viva, viva.*

A cuya aclamación el mucho número y gran concurso que había repitieron con grande alegría y alta voz, las mismas palabras, *viva, viva, viva.*

Y después el dicho Sr. Alcalde con el dicho pendón hizo cortesía a dichos señores Virreyes y después de esto, el dicho Sr. Virrey desde el balcón en que se hallaba respondió estas palabras:

—*La Ciudad de Pamplona, Cabeza del Reyno de Navarra, que tan bien sabe festejar a su Rey y señor, viva, viva, viva.*

Por cuya demostración el mucho concurso de gente que se hallaba, repitieron nuevamente las mismas palabras de, *viva, viva, viva;* y en esta forma y orden, dando vuelta a dicha basílica, volvieron por la calle de la Navarrería, y llegado al pozo que hay en ella pegante al árbol, subieron hasta la plazuela de la Catedral y frente a dicha Santa Iglesia dicho Sr. Alcalde volvió a hacer la misma aclamación, repitiendo las mismas palabras que había dicho en dicha plazuela del Palacio y desde allí bajaron por la calle que llaman de la Curia a la fuente de Santa Cecilia, donde volvió a hacer la misma aclamación y desde allí por la calle del Mentidero pasaron a la vista de la Casa de la Ciudad y al llegar al medio de la plaza de ella, volvió a repetir la misma aclamación, y en todas ellas el mucho concurso de gente que cerraba dicha plazuela, calles y otros muchos desde las ventanas repeñían con grande alegría las palabras, *viva, viva, viva,* y fueron por dicha

orden por la calle de las Bolserías hasta la puerta de San Cernin, donde también se hizo la dicha aclamación y desde allí fueron por la calle de las Carnicerías Viejas pasando por frente al Convento de los Descalzos y desde allí a la puerta de San Lorenzo, donde se hizo la misma aclamación y de allí entraron por la calle Mayor y llegados dichos señores Alcalde y Regimiento al igual del palacio del Sr. Obispo que se hallaba en uno de los balcones de él, repitió la misma aclamación y el Sr. Obispo después de haber echado su bendición pasaron por la puerta de la capilla de Ntra. Sra. del Camino, por toda la calle de las Tecenderías Viejas y Cuchillerías, volviendo a pasar por la misma puerta de San Lorenzo, saliendo a la plazuela de el convento de las Agustinas Recoletas de esta dicha Ciudad, donde repitió la misma aclamación y de allí por el campo de la Taconera y calle que hacen ios árboles por donde se hacen las procesiones de el Corpus y San Fermín y por este parage entraron por la calle de San Antón y al igualar la iglesia de San Antonio, volvió a repetir la misma aclamación y prosiguieron por la calle de Zapatería dando vuelta delante del pozo de dicha calle hacia el pozo blanco, por donde se introdujeron en la Plaza del Castillo y a mas del mucho concurso que seguía y el que cerraba todas las bocacalles, era grande el que esperaba en dicha Plaza del Castillo, así como en los balcones de dicha Plaza y para dar mayor gusto a tan gran concurso, se ordenó el que todas las filas y parejas fuesen arrimándose por las casas de don Juan Agustín de Sarasa donde se repitió la aclamación y por cerca de dicha plaza y la del Hospital se fué pasando hasta que dando vuelta a dicha plaza se fué en derecha por detrás de la tabernilla hasta introducirse por la calle de la Teyería, desde donde habiendo repetido en diferentes partes las palabras referidas de aclamación, bajaron a la calle del Mentidero y Cruz de Santa Cecilia donde se hizo la última aclamación. Y respecto de como va referido era mucho el concurso de caballeros y ciudadanos que concurrieron con sus parejas a dicho acto, fueron separándose de la calle y poniéndose en hilera y orden para que pasase la Ciudad por en medio de todos, como pasó hasta llegar a la Casa del Ayuntamiento y llegado a ella algunos de dichos señores reidores entraron en dicha casa, quedando en la puerta los que hacían testera y unos y otros volviendo cara a todos los caballeros y ciudadanos, el dicho Sr. Alcalde, con el dicho pendón hizo la cortesía acostumbrada a dichos caballeros y ciudadanos. Con que hecho esto entraron en la Casa Ayuntamiento todos los dichos Sres. Alcalde y reidores y los demás de el acompañamiento se fueron a sus casas; y hecho esto se puso el dicho pendón en el parage y debajo de el dosél a que se refiere el auto antecedente; y a lo que empezó a obscurecer se encendieron las luminarias que estaban prevenidas y se pusieron en el balcón grande de la Casa de la Ciudad seis hachas que alumbrasen y aumentasen la luminaria, para que de esta suerte estuviese con mas autoridad y decencia dicho pendón y con efecto estuvo puesto en dicha forma hasta que dieron las doce de la noche, y en todo este tiempo, estuvieron el dicho Sr. Alcalde y reidores, secretario y tesoro de dicha casa y los tres clarines tocando aquellos repetidas veces. Y asi mismo se pusieron otras dos hachas en la ventana del Consistorio que corresponde a la plazuela de Santo Domingo y se pusieron las luminarias

en las casas de todos los dichos Sres. Alcalde, rexidores, secretario y tesorero, y se hicieron por los vecinos muchas demostraciones de alegría, unos poniendo luminarias, otros haciendo hogueras y en esta forma se concluyó y celebró el dicho acto y solemne acto y para que todo conste se hizo este auto y en fe de todo ello lo firmé yo el secretario.

Juan de Beruete y Hernandorena>.

I. B.

(1) *Austrias y Albrets ante la incorporación de Navarra a Castilla*. Madrid, 1944.

DON MARTIN FERNANDEZ DE NAV ARRETE

En tanto el académico de la Real de la Historia, D. Julio Guillen, prepara una voluminosa biografía de D. Martín Fernández de Navarrete, la conmemoración de su centenario —celebrada con actos académicos y una preciosa exposición de recuerdos suyos—, ha dado lugar a que se publique un «Inventario» de los papeles pertenecientes al insigne escritor, conservados en Avalos, y un estudio genealógico de D. de la Válgoma: «*El marino don Martín Fernández de Navarrete, su linaje y blasón*», (Burgos, 1944).

Con la pericia, celo y pulcritud bien probados en otros trabajos suyos, analiza Válgoma la cuna y origen, por sus cuatro abolorios, de D. Martín. Requiere este detenimiento la que ha de ser como primera piedra del monumento de erudición que aquel erudito merece, hecho, naturalmente, con la ciencia y el arte que dieron guardia ininterrumpida a todo cuanto él llevó a cabo, y no fué poco. La figura de D. Martín, amorosamente recordada en el archivo de todo lo que a él se refiere, ha recibido un culto íntimo e inteligente por parte de quienes heredaron, con su sangre, su casa, sus retratos, sus libros, sus papeles: los Marqueses de Legarda, en su solar de Avaios. Pero, la solemne ocasión del centenario ha hecho que el entusiasmo y la curiosidad prendieran en otros que, por algún modo afines a D. Martín, no le habían dedicado, quizás, el tiempo y la atención que su figura merece. Hoy son varios de nuestros investigadores los que bucean en la historia de Fernández de Navarrete, con el afán —y todo hace suponer que con el acierto— que puso éste en la de Cervantes.

El que Válgoma muestra ya, en este libro, es digno, además, de la especial gratitud de riojanos y navarros: en estas páginas se aportan datos fieles respecto a familias que, como las de Argaiz, Navarrete, Ramírez de la Piscina, Eslava, Tejada, Acedo, Velaz de Medrano, Heredia, Gante, Berrio, Mirafuentes, Arellano, y otras, alimentan, hace siglos, su sangre generosa en las ubérrimas heredades de Navarra y de la Rioja. Y las estudia —al descubrir la genealogía de D. Martín, en edición pareja al libro de «Ensenada»— quien pone, en estos menesteres, esmero especial, y ofrece, por lo tanto, solvencia máxima.

M. de M.